

Los amenistas no van a misa

Los falangistas crudos están que se suben por las paredes. Aquello del cabo de realistas, puesto en jarras, soltándose en imprecaciones, es tortas y pan pintado junto a las actitudes y a las reacciones de los íntimos de Franco. Están que muerden. Todo les sale mal.

Esperaban que el A.B.C. estuviera en contra, para machacarlo. Pero el A.B.C. olió la tostada; y como es bien conocido su amor al ideal y su espíritu de sacrificio, sacrificó su pensamiento para gritar exactamente lo contrario que piensa.

Estaban seguros de que los carlistas iban a amenazar con irse al monte. Pues ha sido todo lo contrario. No hay un solo carlista que crea en esa broma del referendun. Pero como Don Javier ha habido hablado, todo el mundo a callar. Y resulta que los carlistas son los mejores apoyos con que cuenta Franco en el Imperio Azul. ¡Cosas veredes!

Pero, esto mismo es ya, de por sí, bastante lio. Porque Franco no cree en nadie más que en él, ni piensa colocar en su sitial a nadie mientras él viva. Pero alguna vez va a dejar de vivir. Él no tiene tanta prisa de que tal suceda como la tienen la inmensa mayoría de los ciudadanos. Mas, alguna vez será. Y para aquel momento, Franco ha pensado en Juan Carlos. Lo ha educado a su imagen y semejanza. El chico es lo bastante corto como para que se le ocurra variar el patrón que se encuentra tragado y lo bastante bien presentado como para poder hacer unos sellos bonitos. Pero le estorba su padre. No sé quien, mal pensado desde luego, murmuraba que Franco pone velas a San Antón para que Don Juan se encuentre cualquier día de estos una pulmonía benéfica que lo quite de por medio. Debe ser algún anarquista, de esos que no pueden ver a Franco ni a distancia.

Más, está equivocado el anarquista. Franco juega con todos los pretendientes. Al hijo del Duque de Segovia, que es buen mozo y excelente deportista, y tiene más tragaderas que un Borbón auténtico, lo ha colocado en Madrid, y bien colocado: gana mucho dinero; aprende a trabajar y a ser útil en la sociedad; es funcionario avisado; se va haciendo lugar entre sus compañeros; y, además, se las da de novio de la nieta mayor de Franco, se la ha presentado a su abuela, la Reina Victoria. Como el mozo es suelto y desembaragado, se permite ir al café y al teatro, tener amigos y alternar con todo el mundo. Es en una palabra, un chico simpático y se va haciendo un hombre útil.

Al pretendiente carlista, Franco lo tiene atado por mal sitio con una cuerda de guitarra. No le deja ser español. No lo admite como príncipe en los agasajos y reuniones sociales. Deja que los carlistas se reúnan en Montejurra y cuando Hugo Carlos ha pagado, de su bolsillo —dada de su mujer claro está— una flamante edición de la revista del mismo nombre, prohíbe su circulación. Repite hasta hartar a sus oyentes ese cuento de la Monarquía tradicional que tanto gusta escuchar a los carlistas, pero a la hora de repartir mercedes, estas van a la rama alfonsina, que es la que pita entre obispos, generales, banqueros y otras gentes de mal vivir.

¿Qué es lo que hace Franco? Muy sencillo. Jugar con los tres pretendientes, sin entregarse a ninguno de los tres. A Juan Carlos le deja vivir en la Zarzuela, al Dampierre le permite cortejar a su nieta, y al Javier y a su hijo les da ocasión para que hagan el ridículo diciendo que la Ley Orgánica elaborada por Franco y aprobada por los amenistas de las Cortes, es un portento de obra de buen gobierno.

Pero, algo que todavía no ha dicho SP es que, la mitad de los Procuradores en Cortes no van a misa. ¿Qué tiene que ver esto con el referendun? Pues tiene que ver. Porque, el que no vayan a misa los anarquistas es natural, pero el que no vayan a misa los amenistas es algo fuera de lo previsto.